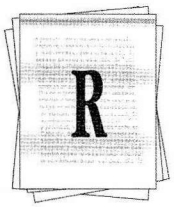
DÍA DE LA MONTAÑA
DÍA DE CANTABRIA

Fernando Álvarez de Miranda y Torres

1977



eina del día de la Montaña y corte de damas de honor, diputados y senadores, amigos todos de la Montaña:

Permitidme y, a la vez, disculpadme que me dirija a todos los montañeses en este día tan significativo en el que el folklore y la historia se unen con la amistad y la esperanza en estas primeras fiestas de la Montaña que comienzan con la democracia, situación y marco este que bien ganado se lo tiene esta tierra —tierra fecunda, ganadera, verde y rocosa— que desde los albores de la historia, en plena era cristiana, luchó con pasión y orgullo, con arrogancia y valentía, contra el yugo de Roma, porque nuestros antepasados que nacieron en Altamira poseían esas grandes virtudes y ese noble espíritu de los pueblos que quieren ser libres. La Montaña fue así una de las primeras tierras de España que luchó por la libertad y hoy todos, todos los montañeses y españoles, estamos satisfechos porque nuestra tierra y España hayan vuelto a un régimen pleno de libertades.

Brillantes hombres de la Montaña me han precedido, en ediciones anteriores, en la disertación del pregón de esta fiesta tan rica en peculiaridades nuestras. Foramontanos ellos, pueden analizar mejor que yo las virtudes de nuestra tierra trasladando a unas líneas, con calor y un cierto apasionamiento, el amor que la Montaña les inspira, sin que ello indique que no me sienta tan montañés como ellos. Desde mi natal Santander y por razón de las vicisitudes acaecidas en la carrera judicial de mi padre, que fue objeto de diversos traslados a lo largo de la misma, fui alejándome físicamente de esta tierra brava y hermosa, plácida y acogedora, que me vio nacer, pero mis sentimientos siempre me han mantenido vinculado a la tierra y a sus hombres.

Cuando unos buenos amigos me pidieron que me acercara a Santander a pronunciar este pregón en la fiesta montañesa, pensé que se me otorgaba un gran honor, pues siempre me tuve, por circunstancias bien concretas, como un santanderino más. Pero, por otra parte, deseaba que éste fuera uno de mis primeros compromisos después de ser elegido para la presidencia del Congreso de los Diputados de las Cortes Españolas.

Desde Cabezón de la Sal, municipio que es escuela de ciudadanía y de buen hacer en las actividades políticas y sociales, quiero dirigirme a la Montaña para llevarla este mensaje de esperanza en el futuro inspirado en el sentir y el deseo de nuestros hombres y nuestros ayuntamientos que tienen que ser, en el presente inmediato, el vivero donde germinen las ideas más nobles y útiles para el bien general de los pueblos, esos pueblos que no son siervos de nadie, y que, por el contrario, son soberanos de sus propios destinos y como tal deben comportarse: con plena responsabilidad y absoluto respeto a su identidad histórica y cultural.

Por ésta y otras razones, cada día con más intensidad, la Montaña nos presenta y nos recuerda la imagen del pasado glorioso. Si lo que hemos recibido como legado de la historia es hoy contemplado con sorpresa y admiración por los que nos visitan, hay que pensar también que detrás de todo ello se esconden las más bellas gestas de un pueblo guerrero y libre. Hay en la vieja pero bella y acogedora Liébana, o en la Vega del Pas o Bárcena Mayor, camino de los foramontanos, del que es paso obligado esta villa, unos centros de resistencia a no perder ese legado histórico que ha forjado la identidad de este pueblo, que también se complementan con ese paisaje de riscos y peñas, desfiladeros y caminos que tan fundamental papel han jugado en el devenir histórico de esta tierra.

Nuestro pasado ha de ser patrimonio de todos, al tiempo que el futuro de la Montaña y sus gentes, su industria y su ganadería tienen que ser también responsabilidad de todos. Pero ese futuro hay que construirlo recuperando nuestras piedras, sintiendo nuestra historia, recuperando, en definitiva, ese «espíritu» montañés aún no perdido. Es cierto que para llevar adelante la dinámica de un programa de futuro hay que sacudirse la historia para no caer en el peligro de la nostalgia, pero éste, por circunstancias conocidas, no es nuestro caso: nosotros, los montañeses, tenemos que recuperar la historia para hacerla definitivamente nuestra y encontrar en ella la reflexión de los momentos más difíciles.

Hoy es el «Día de la Montaña». Santander, su tierra, que la entiendo como fecunda, grande y generosa, y que difícilmente sería identificable sin esta Ruta de los foramontanos que hoy pisamos, es la piedra de arranque de la historia, ya multisecular, de un reino, el de Castilla, y de un pueblo, el español. Y aquí están los caminos, de Este a Oeste y de Sur a Norte, los hitos y jalones de las rutas, incluso jacobeas, donde se funden, en rica y fecunda síntesis, razas y orígenes diferentes, porque las rutas cántabras también llevan a Compostela, donde yace Santiago, el patrón de las Españas.

En esta hora, la Montaña tiene la tarea común, mejor dicho, la necesidad de superarse, pues cuenta con una realidad que hay que trans-

formar y con una personalidad que tiene que despertar, porque ha dado en toda su historia, con generosidad y largueza, más de lo que recibió, y es hora de que retornen a ella esfuerzos y voluntades.

No diría todo esto si no conociese a la tierra y a sus gentes. Guardo de ellos los más gratos recuerdos desde mi infancia hasta el presente. Los que amamos entrañablemente Santander, y la que quieren mucho más quienes hicieron florecer este «Día de la Montaña», desde Liébana a Castro Urdiales, desde el Puerto del Cantábrico hasta El Escudo; quieren, digo, que llegue a esta tierra la hora de un mayor desarrollo, la hora de un mayor bienestar y, sobre todo, la hora de la responsabilidad para que todos escojamos nuestro propio camino y hacer de la Montaña lo que los montañeses quieren que sea.

Desearía antes de regresar a la capital de España, donde me esperan las responsabilidades políticas de la nueva etapa, que entre todos buscáramos y alentáramos un proyecto de futuro para Santander, pero un proyecto con la participación de todos, que debemos defender con todo nuestro apoyo en esta hora apasionante de la vida nacional.

Hay que intentar y conseguir un desarrollo equilibrado de todas las comarcas que se han dado cita simbólicamente hoy en este lugar. Me tomo la libertad de llamaros a colaborar en un proyecto común para salvar las muchas dudas y despejar el mar de incógnitas que hoy sumergen a la Montaña. No quiero decir con esto que no se avance, que estemos estancados; no, pienso, por el contrario, que están superadas las voces y las fuerzas que propugnaban para nuestra tierra el papel de «bella durmiente», de plácida reserva para el turismo y los yates, lo que tampoco quiere significar que estemos a favor de una industrialización sin ordenamiento, que conduciría, irreversiblemente, a la virtual destrucción, tal como ha ocurrido en ciudades como Madrid o Bilbao.

Vive la Montaña, así como todo el país, una etapa clave de su historia. De su comportamiento en esta recta final de la década de los 70 dependerá su futuro —el nuestro— durante un largo período de tiempo. Ahora, no más tarde, es el momento de decidir la participación de Santander en la España del año 2000.

Pero esta participación requiere, sin duda, una alta responsabilidad. Responsabilidad de los montañeses en conocer el presente económico y social de Santander para que todos tengamos clara conciencia de los efectos del estancamiento, fomentando, así, la necesaria sensibilidad y espíritu crítico ante los problemas y, también, cómo no, la necesidad de fijar claros objetivos para el futuro, redactando un programa serio que contemple las posibilidades de promoción de los

diversos sectores económicos y sirva de orientación a las inversiones públicas y privadas.

La historia, amigos, no se detiene, y tenemos que prepararnos para ese futuro que ya es presente.

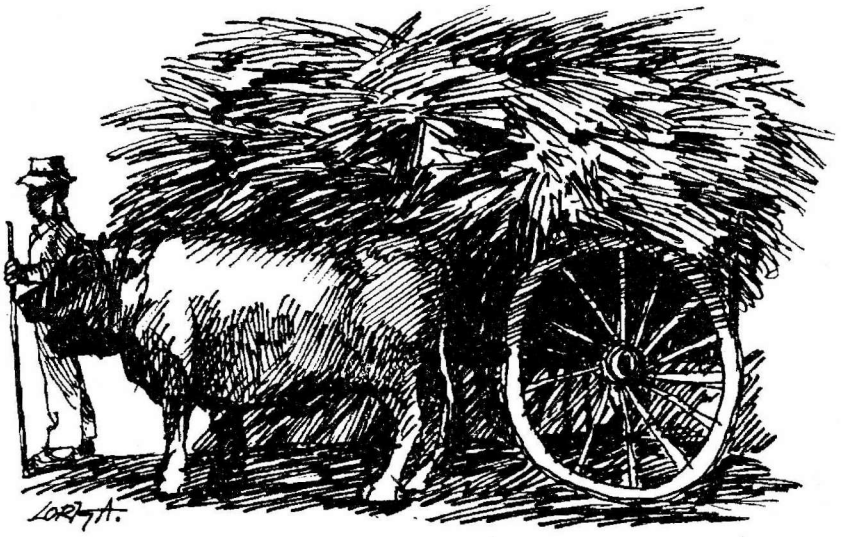
Pero, ¿cómo vemos quienes residimos en la Meseta a nuestra tierra montañesa? La vida en la Montaña es más grata, más feliz, más sincera y más emotiva, porque los verdes paisajes, sus ríos, emocionan— y porque la vida es más grata deberíamos acercarnos más, mucho más, a Santander. Y no sólo para aprender las buenas formas literarias de ilustres escritores montañeses, o para adentrarnos en la comarca pasiega, o para aprender esas otras formas de decir, de querer decir, de insinuar las cosas con la asombrosa seguridad de que vamos a ser entendidos. Es necesario aproximarse más a esta tierra noble, para que los pueblos y regiones de nuestra España poliforme se sientan plenamente identificados al reflejarse sus vivencias en el gran espejo de la tierra montañesa.

Trescientos noventa y ocho kilómetros separan a la capital montañesa del centralismo. Trescientos noventa y ocho kilómetros de comunicación deficiente, aunque en vía de mejora, que ya reclama, de entrada, una dosis recia y estoica de paciencia altamirana. Es quizás una distancia metafórica en el cuadro de los deseos montañeses. Se ha estado aquí siempre cerca y siempre lejos, a la vez, de la toma de decisiones, del mensaje a veces parco de la Administración central.

Es esta una provincia de aspiraciones profundas, y muchas veces mal atendida. Se ha pedido reiteradamente una mayor atención para la cultura, a través del fomento de la universidad y de un más extenso conocimiento autóctono; se ha pedido una ordenación del duro y sufrido sector primario, de nuestra agricultura y de la ganadería; de los transportes, de un ferrocarril de enlace con el Mediterráneo que no es aspiración, sino necesidad congruente. Se ha pedido una mayor atención hacia el turismo y se ha reclamado la elemental ordenación de los Picos de Europa. También se ha insistido en la urgencia de potenciar la industria.

Muchas han sido y son las peticiones, y pocas, todavía, las respuestas convincentes para unos ciudadanos de recio abolengo. Pero yo sé que no han perdido la paciencia, porque Santander y su provincia no son un paraíso terrenal de visión feliz e inhibidora. Son el cómputo, el balance presuroso pero eficacísimo de la visión global de unos hombres que aman a su tierruca, y que quieren vivir en paz, con orden, pero también con justicia y con libertad.

Nuestro país ha experimentado en un corto proceso de tiempo una reforma en profundidad alentadora. Esto no es ninguna novedad. De



Al pajar.

la mano de la Corona hemos alcanzado la ansiada normalización democrática que el país necesitaba. Santander ha contribuido con su habitual seriedad al proceso del cambio desde una óptica templada y moderada. Y esta moderación no es sinónimo de parquedad. Es la expresión más señera, a mi juicio, de que treinta y seis millones de españoles quieren vivir y aspiran a conseguirlo en una sociedad más justa, donde triunfen las ideas democráticas de convivencia solidaria y civilizada.

Y hay que prepararse para el futuro. Hemos vivido una época histórica, pero el país sigue en marcha. Existen dificultades, y se acentuarán algunas deficiencias tradicionales. Sin embargo, la esperanza debe ser la tónica del futuro. Esta tierra, hermosa y trabajadora como pocas, tiene que estar presente en el gran consenso nacional con un empuje febril de ardor y solidaridad. Los diversos pueblos de nuestro Estado están sacando a relucir sus peculiaridades. También es legítimo que lo haga esta tierra, a través de un deseo colectivo de vida en común. Todos los intereses santanderinos deben estar representados en el superior interés de la provincia. Sin disensiones ni fisuras, bajo el pórtico de un mañana entrañable, el pueblo montañés debe unirse en la búsqueda de soluciones a sus propios problemas, dentro del marco histórico que le corresponde. La España descentralizada, que aún no es una realidad, tendrá que serlo muy pronto. Los conflictos peculiares de la Montaña deberán tener, asimismo, una prioridad en el momento de las decisiones, porque Santander ha aportado

a la historia de España un *curriculum* envidiable, y no ha sido correspondida en la medida justa.

Mas al llegar aquí, ya termino. He pronunciado estas palabras sobre la Montaña con fe y esperanza en su futuro, en sus gentes, en su hospitalidad de siempre. Y lo hago también dirigiéndome a ti, reina del Día de la Montaña, que eres, sencillamente, el mejor símbolo de una España renovada en plenitud. El símbolo bello y cortés de una nación, de un país que se transforma, y el símbolo biológico —también— de una generación nueva que rebosa futuro y que aspira a recobrar con legítimos bríos un papel decisivo en el comportamiento colectivo. Tú representas hoy, con inigualable elegancia, a esta tierra nuestra que celebra, con lógico y merecido júbilo, su día, su jornada de afirmación de unos valores que viven, que son sentidos, que no están dormidos.

Te deseo, querida reina, querida María Dolores, un año de trono esperanzador y jubiloso, porque te lo mereces plenamente y porque se lo merece asimismo toda nuestra tierra, tan dignamente hoy aquí representada.

Amigos todos, saludemos con fe y satisfacción este día tan entrañable que será para mí un recuerdo permanente y que ha de ser símbolo de un futuro que haremos, entre todos, realidad. Porque Santander... es gente y es mar, es montaña y es belleza natural, es faro que mira al norte, a ese norte que se llama progreso, que se llama desarrollo, que se llama hermandad, que se llama futuro mejor.

Fernando Álvarez de Miranda y Torres